



HÉROES DE Ayer, hoy y siempre

— Homenaje —

General Ramón Emilio Gil Bermúdez (1933-2019)

Compilador, Mayor General (RA) Juan Salcedo Lora

I. Personalidad, estirpe y ejecutorias, así como anécdotas en frases

Si se quiere un grato recuerdo de la personalidad del general Ramón Emilio Gil Bermúdez, nada mejor que incluir la autobiografía, que nos dejó, escrita en la placidez de su finca de clima caliente, en medio de la tranquilidad y el sosiego, y de un merecido descanso después de varias décadas de un servicio ejemplar a Colombia, desde las filas del Ejército, al que tanto adoró:

Nací en Fredonia, Antioquia, el 3 de marzo de 1933, en la finca de mis abuelos paternos, o sea que soy campesino antioqueño, 'a mucho honor'. Tuve dos hermanos solamente: una hermana quien se casó y tuvo cinco hijos y un hermano sacerdote de quien se dice que era 'un santo'. Mis padres y hermanos ya fallecieron,

pero no me siento huérfano porque tengo la certeza de que desde el cielo ellos me ayudan y protegen, como en la vida lo hicieron. De no ser así no sobreviviría.

En 1938, con mis padres, nos trasladamos a Armenia, unas veces a pie, otros a lomo de mula y otra más en tren, en busca de la 'tierra prometida' que era y sigue siendo la prodigiosa región del Quindío. Este viaje, que duró dos días, fue expedito y placentero, gracias a que, aunque llevamos con nosotros todo lo que teníamos, todo también era muy liviano y apreciado: muchas ilusiones en el corazón, un baúl lleno de ropa, trastos y cachivaches como único equipaje, y 700 pesos, en billetes de a peso, que mi papá guardaba, y muy bien, en su faltriquera. Tal patrimonio, a pesar de lo exiguo, nos hacía sentir ri-

cos y felices. Además, particularmente por mi talento infantil de entonces, este viaje me colmo de múltiples emociones y visiones fantásticas, como si se tratara de un viaje por el 'País de las Maravillas' o, así como hoy día, el 'mundo de Disney' llena de ensoñación la mente de los niños. Efectivamente todo cuanto veía a mi pasó era un descubrimiento: los caminos que se abrían, se perdían y reaparecían, los horizontes que se dibujaban y desdibujaban en sobre otros, con sol radiante o con luz de luna, el río Cauca que rugía, murmuraba y sollozaba, sin que uno pudiera descifrar lo que sentía y quería decir, aunque me dio la impresión de que recitaba un poema de amor; el valle que miraba siempre al cielo y el cielo al valle, invitándonos ambos a no perder de vista sus colores. Las nubes, las aves, el

viento, la lluvia, las vacas, los perros y, en especial, la gente que topábamos en el camino me alegraban y emocionaban. Eran gente nueva y distinta a la que conocía, pero igual o más amable, alegre, generosa y solidaria. Gente con el alma envuelta en bondad y el corazón en alegría y generosidad.

No hay nada comparable a la sensación que produce conocer gente, pero, a decir verdad, lo que más me impactó mi imaginación de niño fue ver el tren, y para colmo de la emoción viajar en él. Empezando porque sorpresivamente, cuando estábamos abordándolo, este pitó, lanzó bocanadas de humo como un dragón furioso y escupió sobre nosotros partículas de carbón, alguna de estas encendidas. Casi se me sale el corazón del susto, pero después se calmó y eso me llenó de júbilo por haber sobrevivido a lo que parecía la "hora llegada". Toda mi conmoción quizá se debió a que se estaba haciendo realidad un sueño, surgido de los juegos que durante largas horas y a diario realizaba hasta quedarme dormido, con un trencito de lata que me habían regalado en Navidad y en el cual viajaba, prendido a mi imaginación, por mundos fantásticos que yo mismo inventaba. Pienso que es algo parecido al sueño que tienen los muchachos de hoy, que quieren ser astronautas y viajar al universo a percibir la estrella y los astros que han visto maravillados recorrer el



cielo, y mucho más cerca y frecuente en la pantalla del televisor.

[...] A Armenia llegamos sin contratiempos y pronto nos instalamos en una casa que compró mi papá por 370 pesos, o sea que le quedó un capital de 330 pesos para hacer negocios que fue lo que hizo durante el resto de su vida. Estudié en Armenia hasta 5.º año de bachillerato. Luego suspendí mis estudios por mi cuenta, irresponsablemente y contra la voluntad de mis padres. Entonces me puse a trabajar, primero como negociante de víveres y café en grano, y después como maestro de escuela. En enero de 1955

ingreso a la Escuela Militar confuso y desorientado respecto a mi presente y mi futuro. Este suceso, considero fue el milagro salvador que me sacó de mi extravío y que atribuyó a las oraciones de mi madre, quien rezaba día y noche por todos sus hijos especialmente por mí, pues era el más díscolo y desjuiciado, y creo que estuve a punto de descarriarme.

Hasta aquí el resumen de mi 'vida civil' la cual a fin de cuentas fue muy feliz, pese a que en mi casa teníamos muchas estrecheces económicas y sufríamos algunos percances angustiosos; pero todas las privaciones y sinsabores fueron

superados sin dejar huella, ni nostalgia gracias a Dios y al inmenso amor que llenaba de dicha y con calor nuestro hogar. Por eso los recuerdos que conservo de entonces están colmados de la exquisita ternura que emana de las caricias maternas y la porfiada y severa protección paternal; de la tibieza acogedora del lecho blando y limpio en que reposaba; del sabor a manos cariñosas del pan cotidiano, compartido por todos en el mesón de la cocina frente al fogón de leña, lleno de llamas danzantes y tizones alegres y crujientes y de los momentos de emoción vividos en comunión, en los cuales fundimos nuestras almas y nuestros corazones.

[...] Los dos años que viví en la Escuela Militar como cadete y alférez fueron al comienzo difíciles y agobiantes, y muy dichosos al final. En más de una ocasión estuve a punto de claudicar, pero me sostuvo el orgullo y más que todo el apoyo, la solidaridad y la amistad que me brindaron mis familiares y compañeros. A partir del segundo año las cosas cambiaron debido a que la voluntad y el ímpetu juvenil se atemperaron y cedieron a la disciplina, pues uno empieza a encontrarle el sentido y la importancia de la carrera militar, hasta que finalmente surge avasallante y vigorosa la vocación militar, de tal manera que uno piensa y siente que es la mejor, la que llena y satisface plenamente sus sueños, sus ambiciones y sus esperanzas,

desde entonces siempre he pensado lo mismo y he sido feliz.

II. Del señor general comandante general de las Fuerzas Militares (FF. MM.) general Luis Fernando Navarro Jiménez, en las exequias, en la capilla de la Escuela Militar de Cadetes. Progenitores, formación, ingreso a la escuela militar y su brillante carrera

General (RA) Ramón Emilio Gil Bermúdez (q.e.p.d.), excomandante general de las FF. MM. de Colombia .

Nos congregamos en este querido templo, testigo de nuestra profunda fe en Cristo y baluarte de nuestras tradiciones, para ofrecer un homenaje póstumo al señor general del Ejército Ramón Emilio Gil Bermúdez, soldado de artillería, y quien en vida encarnó la plenitud de las virtudes militares, ciudadanas y humanas que hacen perdurable el paso de un hombre sobre la faz de la Tierra.

El señor general Gil Bermúdez nació en Fredonia, Antioquia, el 3 de marzo de 1933, en la finca de sus abuelos paternos. De su origen campesino siempre sentiría orgullo. Sus padres, Horacio y Trinidad, cultivaron en él las virtudes cristianas y los valores que harían de su vida un ejemplo de integridad y carácter, un ciudadano y un soldado digno de seguir y de imitar.

Pero también fueron fundamentales en su formación su hermana Elvira, una amorosa y devota cristiana, madre de seis hijos, al igual que su hermano, el padre Luis Horacio Gil Ber-

múdez, un afamado sacerdote con fama de santidad, y quien ejerció con dedicación su ministerio en el Quindío fundando un hogar de ancianos que lleva su nombre y aún existe, pero, además, ejerciendo como educador en otros municipios.

En un relato que escribió muchos años después, con una narrativa que devela al hombre sencillo y sincero que siempre fue, detalló su paso por Armenia; en especial, cuando decide, quizás por ese espíritu pujante y emprendedor propio de sus ancestros, suspender sus estudios de bachillerato, ya casi finalizando, para dedicarse, como su padre, al negocio de café en grano y víveres y, como si con ello no bastara, convertirse luego en maestro de escuela.

Superadas aquellas experiencias, que le dejaron lecciones inolvidables y forjaron su carácter, en enero de 1955 decide ingresar a la Escuela Militar de Cadetes. Eran tiempos de exigente disciplina, que fueron superados con decisión y templanza, una época diferente que, por fortuna, el entonces cadete Gil, al igual que sus compañeros de curso, supo sortear con intrepidez y destreza.

El 20 de julio de 1957 ascendió como subteniente de artillería, junto a 156 compañeros, como integrantes del curso *Bodas de oro de la Escuela Militar de Cadetes, Teniente General Gustavo Rojas Pinilla*. Eran tiempos en que gobernaba al país la Junta Militar de Gobierno, en un periodo excepcional en el que cuatro señores generales y un almirante adelantaron la tarea de gobierno que clamorosamente demandaba el pueblo en esos instantes, y gozando del respaldo y la confianza de

sus compañeros de armas, hasta entregar el poder, cumpliendo a cabalidad con su misión, honrando su palabra y afirmando el talante democrático de nuestras instituciones.

Mi general Gil formó parte de la planta de la Escuela de Artillería y de la Escuela Militar de Cadetes, así como de los batallones Tarqui, Palacé, Contraguerrillas e Inteligencia. Curiosamente, siendo subteniente en el Tarqui, se desempeñó como comandante de pelotón y alcalde de Paz del Río. Fue alumno del XV Curso de Lanceros, en 1960. Por sus capacidades como especialista en inteligencia, hizo parte de los estados mayores de la III, la VI y la IX brigadas. Fue comandante de la Escuela de Artillería; director del Departamento E-2, del Ejército; comandante del Comando Operativo N.º 10, en Cimitarra; comandante de la X Brigada Aerotransportada; inspector general de las FF. MM.; director de la Escuela Superior de Guerra; comandante de la I División; segundo comandante del Ejército; comandante general de las FF. MM., y ministro de Defensa encargado.

A lo largo de su carrera militar le fueron conferidas 24 condecoraciones, además de un sinnúmero de distinciones de autoridades locales y regionales. Entre las preseas otorgadas se destacan: la Orden de Boyacá; también, las medallas: "Servicios Distinguidos en Orden Público", en cuatro ocasiones; "Francisco José de Caldas al Mérito Académico"; "Operación Marquetalia"; "Orden al Mérito Naval 'Almirante Padilla'", y tantas otras que portaba con el orgullo propio del artillero que siempre honró su uniforme y ennobleció su pro-

fesión con sencillez y ponderación.

Fue alumno de la Escuela de Guerra del Ejército de Estados Unidos, en Carlisle, Pensilvania; también representó a Colombia como agregado militar en ese país. Tras servir 40 años a la Institución, fue designado como embajador y ministro plenipotenciario de Colombia ante la Federación Rusa. Posteriormente fue asesor del gobernador de Cundinamarca; director ejecutivo de la Asociación de Antiguos Alumnos del Curso de Altos Estudios Militares y del Curso Integral de Defensa Nacional (ASOCACI), y miembro de la junta directiva de la Fundación País Libre.

Pero además de lo mencionado, fue escritor, poeta, analista y ferviente estudioso de la historia. Inquieto siempre por la situación del país y de la región, asistía a los encuentros del Centro de Pensamiento Estratégico. Sus análisis, al decir de uno de sus amigos, el señor mayor general Javier Arias Vivas: "Eran faros que iluminaban el camino de la reserva activa, con su sencillez y lúcida inteligencia". Perteneció a la Academia Colombiana de Historia Militar, como miembro de número, donde ocupó la silla procerca de la heroína y mártir Policarpa Salavarrieta.

Fue, igualmente, autor de innumerables artículos, así como de los libros: *Poemario de vivencias*, en homenaje a Dios, Nuestro Señor; *Mi pueblo*, dedicado a su natal Fredonia, y *Armenia en el recuerdo*, en consideración a esa patria chica que lo acogió siendo un niño, y a la que por siempre llevó en el alma. En este texto, de singular riqueza narrativa, cuenta no solo sus

propias experiencias, sino también, los usos y las costumbres de la región, los personajes de la época y la vida en la ciudad y en el campo, adornando cada relato con poemas en homenaje a su señora madre, doña Trinidad; al café y su aroma; a sus amigos; a sus maestros del Colegio Rufino José Cuervo y a su entrañable familia.

Pero ese hombre reflexivo lo era también de carácter, de dignidades que siempre agradeció, de esa convicción inquebrantable de entender y llevar la vida de forma sencilla, asumiendo con rigor cada responsabilidad, hasta alcanzar el máximo grado al que pueda aspirar un oficial de nuestras FF. MM. Una dignidad que llevó con modestia y desprendimiento hasta el final de sus días.

Por todo lo dicho, se entiende de hombres como mi general Gil que el legado que ofrecen a la posteridad no sean sus medallas o sus condecoraciones, ni los cargos ocupados ni los honores que le hayan sido dispensados. Por el contrario, su mayor heredad fue el ejemplo como ciudadano y demócrata convencido, como compañero de firmes convicciones, como hombre dueño de una lealtad a toda prueba y como el amigo entrañable con un don de gentes y una sinceridad admirables; pero, en especial, como el ser humano que forjó una maravillosa familia fortalecida en el amor, la solidaridad y la unidad.

Mi general Gil, contrajo matrimonio en 1967 con la señora Carmen Beatriz Navia Rinck, prestante dama caleña, quien vivía con su familia en Neiva, en tiempos en que el entonces capitán Gil pertenecía a la IX Brigada. Así, integraron

una gran familia de la que hacen parte sus hijos Luz Marina, Martín Alonso, María Fernanda, Beatriz Helena y Francisco José; sus nietos Álvaro Emilio, Pedro Luis, Laura, Gabriela, Tomás Emilio, Ángela Lucía, Catalina, Alejandro y Juan Antonio, y sus bisnietas Luciana y Emma.

A todos ellos les ruego recibir un saludo especial desde lo más profundo de nuestro corazón, con la nostalgia y el sentimiento propios de tantos recuerdos imborrables que perdurarán por siempre en sus vidas. Pueden estar seguros de que el

homenaje que hoy se rinde en esta eucaristía, sumado a los honores que la precederán, representa los sentimientos más sinceros que podemos expresar como soldados.

Pero si hay algo que caracteriza la vida castrense son aquellas amistades sólidas y verdaderas que se van forjando al pasar el tiempo, y que es necesario engrandecer hasta el fin de nuestros días; por ello, debo mencionar a mi general Hernán José Guzmán Rodríguez, excomandante del Ejército Nacional, y quien más que compañero de

curso y un amigo fiel y leal, fue un hermano en todo tiempo y en toda circunstancia, en tiempos de glorias y de adversidad, y reafirmo que los amigos son la familia que uno elige. Gracias por enriquecer el significado de la palabra amistad, mi general Guzmán.

Mi general Gil: puede usted estar seguro de que la institución continuará su marcha y seguirá avanzando impulsada por esa fuerza que le otorga su pasado, por la grandeza de su historia y por los proyectos a los cuales contribuyó usted, de forma significativa.

El negro de la divisa artillera, como símbolo luctuoso, adorna hoy las banderas de guerra y los estandartes de las unidades que recogieron sus pasos. Allí, en la memoria de quienes hicieron parte de dichas unidades, quedó la huella imborrable de sus servicios, de sus palabras y, en especial, de su liderazgo, que, al igual que cada peldaño ascendido hasta la más alta jerarquía de las FF. MM. de Colombia, alcanzó, con honor y con dignidad, en esa historia que solo con el paso del tiempo se reconocerá.

Respetada familia Gil Navia: en breve, el toque de silencio resonará para que mi general pase revista por vez última a esas tropas de las cuales siempre se sintió orgulloso. Se podrá decir, entonces, que, como soldado de artillería, oficial del Ejército y ciudadano... cumplió con su deber.

En una breve semblanza que escribiría mi general en su último libro, *Armenia en el recuerdo*, puede reconocerse el talante de lo que fue su vida sencilla, pero, a la vez, profunda e inspiradora:



En todo mi escrito se refleja el espíritu militar que me anima y trasciende a todos mis actos, por considerar que ser soldado de Colombia es el mayor honor que he recibido y del que he derivado toda mi felicidad. Por ser soldado veterano y trasegado, tuve dos familias cual más acogedora y amorosa: la constituida por mis superiores, compañeros y subalternos capaces de vencer o morir por la patria y sus supremas causas; y la que en el hogar me ofreció el calor, la ternura y el abrazo que mitigó mis angustias y alentó mi corazón a reemprender cada faena.

Para finalizar este homenaje, recojo las palabras del inmortal héroe inolado en San Mateo: el joven prócer Antonio Ricaurte, quien, como símbolo de la artillería colombiana, legó con su sacrificio una máxima que mi general Gil hizo suya, y que, además, defendió con estoicismo y firmeza hasta el final de sus días: "¡Deber antes que vida!".

III. Despedida de un jefe, un amigo y un compañero de arma: el señor general Hernán José Guzmán Rodríguez, comandante de la División de Infantería José María Córdova

Señor general Ramón Emilio Gil Bermúdez: en esta, nuestra capilla de la Escuela Militar de Cadetes, donde se han despedido los despojos mortales de los hombres insignes de nuestro Ejército, hoy nos corresponde decirle adiós a un personaje que con orgullo portó sobre sus hombros los soles



que lo acreditan como general de la República de Colombia.

A su lado estamos los compañeros y los amigos de todas las armas, los integrantes del *Curso Bodas de oro año 1957*, de la Escuela Militar de Cadetes, y los miembros de las unidades simbólicas (especialmente, la artillería, el arma de sus desvelos y sus sueños), todas ellas conformadas por los oficiales en servicio activo y de la Reserva Activa, acongojados y entristecidos por su partida, porque en esta ocasión le diremos adiós para siempre.

En el transcurrir de su exitosa carrera militar, sus realizaciones quedarán en el recuerdo de aquellas unidades a las que tuvo el privilegio de pertenecer: oficial de planta en la Escuela de Artillería, y comandante de la Escuela Militar de Cadetes; miembro del Estado Mayor de la IX Brigada; analista del Batallón de Inteligencia y Contrainteligencia; director del Departamento E-2 del Comando del Ejército; comandante del Comando Operativo N.º 10, en el Magdalena Medio, integran-

te del Colegio Interamericano de Defensa; participante del Curso de Altos Estudios Militares en la Escuela Superior de Guerra, en 1984; comandante de la I División del Ejército; segundo comandante y jefe de estado mayor del Ejército, y comandante general de las FF. MM. de Colombia.

Damos fe de que su Ejército, al que tanto amó, fue durante su servicio, y después de él, lo primero en su vida, y que en nombre de él sacrificó muchas veces su bienestar personal y hasta el mismo hogar. Nuestra bandera se inclina orgullosa y reverente rindiendo tributo de admiración a un hijo que le cumplió a su Ejército, a su patria y a su hogar como uno de los mejores.

Las FF. MM. de Colombia, y particularmente el Ejército, recordarán siempre al sinigual hombre, alegre, entusiasta y afectuoso amigo. No se pueden olvidar su constante presencia ni su activa participación en todos los foros donde se adelantaban estudios importantes sobre la situación nacional, y a los cuales, en todas sus actividades, les imprimía su sabio consejo, el que deja la experiencia de un acertado intelectual y comandante.

Su señora, Carmen Beatriz Navia de Gil; sus hijos Luz Marina, Martín Alonso, María Fernanda, Beatriz Helena y Francisco José, y sus nietos, bisnietos, familiares y amigos recordarán al gran señor; al padre íntegro, al hombre responsable, espiritual, alegre; al consejero ideal del momento. Y su legado continuará llegando a sus corazones y se convertirá en la antorcha que seguirá iluminando la difícil senda de sus vidas. ¡Soldado de Colombia, su presencia se siente en este sa-

grado recinto! ¡Elevaremos una oración y repetiremos, en el silencio que nos dejan sus despojos mortales, una plegaria que nos sale del alma! General Ramón Emilio Gil Bermúdez: descansa en paz, apreciado compañero del curso *Bodas de Oro de la Escuela Militar de Cadetes*. Los mortales que tenemos el privilegio de seguir viviendo evocaremos tu recuerdo, para que él permanezca latente en nuestra memoria.

Adiós por siempre, mi querido e inolvidable amigo.

IV. Del mayor general Juan Salcedo Lora, un compañero y un amigo en la milicia

Hay seres humanos que se hacen sentir: son aquellos cuya presencia resalta, y de inmediato provoca tender el lazo de la fraternidad hacia ellos. Son seres de fácil comunicación y que brindan confianza. Son seres destinados a hacer amigos. Y así fue siempre, desde el primer día, Ramón Emilio Gil Bermúdez.

Aunque ingresamos el mismo día a la Escuela Militar, fuimos de diferentes cursos y promociones sucesivas. Tenía un buen recorrido en la vida, por algo como lo cita en su autobiografía, donde valora su extracción campesina, su trabajo cuando muchacho en la zona cafetera del Quindío, su experiencia como maestro de escuela, experiencia que demostró a lo largo de la carrera donde dictaba cátedra sin tartamudear, lo cual mostraba reiteradamente en la conversación normal. De gran corazón, siempre demostrado en todos sus actos, lo cual plasmó en una de sus grandes pasiones, la poesía:

El corazón, es cierto que el corazón anida los sentimientos: el amor tierno o violento, los incendios de pasión, la alegría o la tristeza, la ansiedad o frustración. Todo se siente y aprecia con mayor fuerza y crudeza, cuando el corazón empieza a claudicar y a fallar, pues nos parece escuchar campanadas y sonidos, extraños a los sentidos y agoreros del final. Que se acerca y que se aleja, y muy adentro nos deja esa sensación crucial, de angustia y desolación y de inmensa frustración por no poder terminar, lo que apenas empezamos y anhelamos continuar.

En este ambiente ilegible que no entiende el corazón, pero al que es tan sensible, domina la sinrazón, por cualquier hecho se altera, todo se hace imposible, cambia el ritmo y se acelera se emociona o exaspera, y se traslada a otros mundos procelosos y profundos de silencio y soledad.

Ya lo saben sus grandes amigos, lo que tenía quizá en demasía: era un montañero típico, cercano veredalmente a nuestro expresidente Belisario. Procedía, como el suscrito, de un pequeño pueblo en las entrañas de los Montes de María; por tal razón, se me facilitaba interpretar sus ritmos y sus giros, por bruscos o sinuosos, o por simpáticos y agradables, que fueren, porque hablábamos el mismo idioma puebleril y teníamos, por la misma razón, esa tendencia innata al retorno, después de cuatro décadas de anhelos y nostalgias. Y así Ramón Emilio lo interpretó en su poesía amiga y comprensiva:

Yo conservo la esperanza de acabar con mis andanzas y regresar al Quindío, bañarme y purificarme con las aguas de su río, que es nuestro Ganges sagrado, pues desde siempre se ha dado como fuente de energía, de magia y sabiduría a toda clase de gente: a los hastiados y hambrientos, a opulentos e indigentes, generosos y avarientos, a pesar de que a cambio recibe trato de escarnio y hasta tal punto violento, que se desangra por dentro y muestra sobre su lecho inmundicias y desechos, escombros, piedras sedientas, aguas sucias, mudas, lentas, que nunca podrán llegar a encontrarse con el mar como era su ansiada meta.

También quiero, al regresar escuchar, desde el portal de mi casa oculta en el cafetal y a la sombra del pinar, al viento que silba y pasa dejando un suave rumor de campestre manantial, que anima al canto al sinsonte, al jilguero, al ruiseñor, a la mirla y al turpial y a los pájaros del monte, y haciendo coro en manada componen dulces tonadas conque alegran y festejan las luces de la alborada, la salida y puesta del sol, coquetean con su amada y dan gracias al Señor.

A lo lejos, entretanto, en las tardes y mañanas el toque de las campanas, invitan a la oración, al tiempo que el viejo cura reza y canta 'santo, santo' y con egregia postura imparte su bendición. Más también, quiero escuchar, entre copas de aguardiente, departiendo con la gente en la fonda o en el bar, esa música que añoro de mi juventud de

oro: Los tangos arrabaleros, los románticos boleros y el pasillo ensoñador, aunque me agrada también la música de 'carrilera' la que llaman de 'planchar', la 'guasca y la de despecho' o mejor la 'montañera' que siempre me ha satisfecho por ser cándida y sincera, sencilla y elemental.

Otro deseo acuciante, que quisiera realizar cuanto antes, es desandar los caminos llenos de cantos y trinos, empinados y sinuosos que descalzo trasegaba en mis años venturosos; Siempre corriendo y brincando como siervo perseguido, y en los días invernales, saltando y chapoteando en charcos y barrizales, como hacen los animales cuando a sus anchas retozan.

A las promociones cercanas nos llevaba unos años, que, por su forma de ser y de proceder, no se notaban en la charla suelta de amigos: entre superiores o entre subalternos, era el mismo oficial desprendido y conversador. Cuando sintió el paso de los años, como los estamos sintiendo sus compañeros y amigos, entendió el inexorable camino de la vida, y así lo cantó Ramón Emilio, el bardo:

Ochenta y seis años vividos dejan mucha huella atrás, que ya no puedo cambiar: a quien amé sigo amando, y este amor sigue aumentando; ilusiones y fantasías que concebí en otros días, vuelan al mismo lugar al que ayer quise llegar, bien sé que son utopías, pero insisto en alcanzarlas porque no puedo vivir sin presente y devenir sin esperar y soñar.

No puedo volver atrás, ni crear otros horizontes, solo anhelo disfrutar de la canción de los montes, y del amor y la Paz; sé que todo resplandece cuando el amor aparece y con su fuerza vital despierta las emociones, la alegría y las pasiones habíamos descartado por una idea banal. De allí que tanto me aliente el afecto de mis amigas, las únicas, las de Siempre, que son amor y aliciente y con ellas se mitiga, el frío de la soledad, y el rigor de la ansiedad.

Y el amor de mi familia que permanece en vigilia, prodigándome cuidados, tan tiernos y delicados que curan penas del alma, traen La Paz y la calma al corazón fatigado. Realmente soy feliz por sentirme rodeado de tanto amor y cuidado; Y es que al corazón transido lo que activa sus latidos, es el amor manifiesto: en el beso, en el abrazo, en la mano que acaricia, en palabras, en los gestos, en la mirada furtiva, y el fulgor de una sonrisa en fin en todos los lazos transmisores de alegría, de calor y compañía.

¡Gracias a Dios y a la vida, y al cariño que me han dado, sigo viviendo tranquilo, sin mirar hacia el pasado y auscultando el futuro, solo pensando en amar y el goce de ser amado ¿Que más se puede esperar?

Por varios años nos reunimos en la Casa Artillera, una agradable tertulia de oficiales de varias armas y amigos civiles cercanos en los afectos y las inquietudes, y cada semana presidido por el señor general Ramón Emilio Gil Bermúdez.

Era él quien daba las pautas y siempre recordaba una inquietud sobre trascender, dejar una huella, contribuir con el resultado de las inquietudes hacia los comandos de Fuerza, el Comando General de las FF. MM., e incluso, para plantear dudas y confidencias con el ministro de Defensa o el primer mandatario, si fuese menester. Así se hizo, año tras año, hasta cuando notamos sus repetidas ausencias. Pero la amistad, como lo designios de Dios, marca rutas inescrutables. Por sendas cirugías, terminamos compartiendo habitaciones contiguas en el piso 12 del Hospital Militar. La cirugía de él era en extremo delicada, y la del suscrito era venial en comparación. Hubo afán mutuo de preguntarnos por la salud del otro; frecuentemente, en la mañana o en la tarde, en medio de mis caminatas pasaba a saludarlo, y por sus respuestas daba a entender, o creyó darlo a entender, que todo marchaba a pedir de boca, mas no era así: la lesión enorme se lo iba llevando paso a paso, inexorablemente, de entre nosotros.

Volví a visitarlo en dos oportunidades. Regresó a su hogar. Hasta un último retorno sin regreso al Hospital Militar... no volveríamos a conversar, se silenció por siempre, y su última frase: "*¿Qué más se puede esperar?*". La nada. El grato recuerdo de un buen hombre, de un gran servidor a la nación colombiana. El consejero, el comandante serio y acertado, el artillero de siempre, el profesor y, por sobre todas las cosas, el inmejorable amigo.

Adiós por siempre 'el Negro' Ramón Emilio Gil Bermúdez... ¡Paz en su tumba! 